



Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía,  
Política y Humanidades  
ISSN: 1575-6823  
ISSN: 2340-2199  
hermosa@us.es  
Universidad de Sevilla  
España

## Estrategia de la resistencia Contrainsurgencia posmoderna: la guerra de nuestro tiempo

**Bárcenas Medina, Luis Andrés**

Estrategia de la resistencia Contrainsurgencia posmoderna: la guerra de nuestro tiempo

Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, vol. 22, núm. 44, 2020

Universidad de Sevilla, España

**Disponible en:** <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28268069022>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

# Estrategia de la resistencia Contrainsurgencia posmoderna: la guerra de nuestro tiempo

Postmodern Counterinsurgency: the War of our Times and  
the Strategy of the Resistance

Luis Andrés Bárcenas Medina lbarmed@et.mde.es  
*Ejército de Tierra, España*

Araucaria. Revista Iberoamericana de  
Filosofía, Política y Humanidades, vol.  
22, núm. 44, 2020

Universidad de Sevilla, España

Recepción: 18 Abril 2020  
Aprobación: 03 Junio 2020

Redalyc: [https://www.redalyc.org/  
articulo.oa?id=28268069022](https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28268069022)

**Resumen:** La guerra de nuestro tiempo ha tomado la forma de contrainsurgencia posmoderna. Esto es, el conflicto asimétrico por excelencia, irregular, de carácter civil, prolongado y en el que la resistencia se demuestra como el factor clave para no ser derrotados en un mundo dominado por las percepciones. El carácter posmoderno de este conflicto genera una contradicción *in terminis*, puesto que rompe el de por sí delicado continuum entre guerra y política definido por Clausewitz y que ha enmarcado históricamente las relaciones internacionales. La posmodernidad aplica a las guerras las dinámicas de los mercados, sustituye la victoria por el éxito y hace imposible que unos efectos militares tangibles se alineen con un universo político que consume percepciones noseológicas y sociológicas. El fracaso de las dos grandes guerras que este formato nos ha ofrecido en el siglo XXI, sin embargo, nos permite aventurar que los Gobiernos occidentales han resultado vacunados contra tentaciones de este tipo por una larga temporada.

**Palabras clave:** Estrategia, posmodernidad, resistencia, asimetría, insurgencia, contrainsurgencia, victoria, éxito, mercados.

**Abstract:** The so called ‘war of our times’ has adopted the format of a postmodernist counterinsurgency, namely the irregular, civil, asymmetric, protracted conflict in which resistance proves to be the most significant value to avoid defeat in a world dominated by perceptions. The postmodern character of this type of conflicts has brought about a ‘contradictio in terminis’ as it breaks up the delicate ‘continuum’ between war and politics described by Clausewitz, that has historically shaped the international relations. Postmodernity imports dynamics from markets to warfare, substitutes victory by success and make tangible military effects almost impossible to align with the political realm, that is fuelled with sociological and epistemological perceptions. The failure of the two big wars of this kind in the 21st Century suggests that Western governments have been ‘vaccinated’ against any similar temptation for a long time ahead.

**Keywords:** Strategy, Postmodernity, Resistance, Asymmetry, Insurgency, Counterinsurgency, Markets.

## La guerra de nuestro tiempo

Los diferentes periodos en los cuales los académicos –de todas las disciplinas– acostumbran a dividir la historia se definen por hitos que convencionalmente adquieren mayor relevancia que los demás. Es cierto que hay determinados hechos o fenómenos que marcan discontinuidades, puntos sobre los que cabe acuñar la manida expresión “un antes y un después”. Sin embargo, por debajo de estos puntos de inflexión, la vida de las personas, el devenir de los pueblos, el desarrollo de las relaciones,

presentan una continuidad que podríamos calificar de cosmogónica. Es la revelación que subyace al *nihil novum sub sole* del Eclesiastés. Pues bien, una de estas continuidades se refiere a la guerra, o sea, a esa traducción cultural, social, colectiva del conflicto inherente a la naturaleza humana <sup>2</sup>.

Cuando se coloca un hito en una fecha con pretensiones históricas estamos separando dos periodos de tiempo que comportan formas distintas de hacer o configuraciones diferentes en la vida de las sociedades. Este fenómeno puede aplicarse, en general, desde el individuo hasta el mundo en su conjunto, o sectorialmente en las historias particulares del arte, de la filosofía, de la medicina, de la tecnología; y también de la guerra. Cada tramo presenta algunas características que lo diferencian del anterior. Así, por ejemplo, la aparición del barroco o del nominalismo, de los antibióticos o del transistor son momentos que señalan respectivamente el advenimiento de nuevas eras y la superación de épocas anteriores. ¿Qué resulta si aplicamos a la guerra esta plantilla de análisis? Las generaciones de militares que están hoy en activo han vivido –están viviendo– a caballo de tres (¿quién sabe si sobre cuatro, tras la pandemia de la COVID-19?) de esos periodos históricos, en Europa y en el mundo. Estos periodos están articulados por las bisagras de la caída del Muro de Berlín y por esa “toma de la Bastilla” de nuestro tiempo que fueron los atentados del 11 de septiembre de 2001. Como, hasta que se demuestre lo contrario, la archiconocida definición “clauswitziana” de la guerra como continuación de la política por otros medios no ha sido superada <sup>3</sup>, los cambios políticos –no lo olvidemos, asociados también a las revoluciones tecnológicas– han llevado aparejadas evoluciones en la forma de hacer la guerra. Incluidos sus objetivos y sus dinámicas.

El modelo anterior a la caída del Muro de Berlín estaba caracterizado por la confrontación de dos grandes fuerzas tectónicas cuyo enfrentamiento directo hubiera supuesto un Armagedón nuclear tras, o al mismo tiempo que, una guerra convencional. Esto es, las formas predominantes de hacer la guerra eran las basadas en los medios convencionales (estrategia de la victoria) y en las capacidades nucleares (estrategia de la disuasión/destrucción). Por aquello de la continuidad histórica, las tensiones geopolíticas se estuvieron evacuando desde 1945 hasta 1989 sobre “plataformas” alternativas, en las cuales las principales formas de enfrentamiento tuvieron que ver con la guerra no convencional, de guerrillas o de insurgencia. Estos son los casos entre otros de Indonesia, Malasia, Cuba, Bolivia, Indochina, Argelia, Vietnam, Nicaragua, El Salvador y la multitud de guerras coloniales y poscoloniales libradas en África y Asia. En todos estos conflictos, tanto el objetivo político como los medios utilizados abocaron a los contendientes a adoptar lo que hemos querido llamar “estrategia de la resistencia”, esto es, la estrategia de la guerra irregular sobre largos periodos de tiempo en la que el factor fundamental es la voluntad de vencer. Pero también, ¡y de qué manera!, las guerras de “evacuación de tensiones” nos dejaron claros ejemplos de enfrentamientos convencionales, como demuestran los episodios árabes-israelíes de 1956, 1967 y 1973. Sobre el Sinaí o en los altos del Golán unos y otros buscaron la “victoria” en términos puramente “clauswitzianos”;

esto es, como la eliminación de la voluntad de combatir del enemigo mediante la destrucción de su ejército <sup>4</sup>.

En otras palabras, la Guerra Fría nos dejó un trágico catálogo de experiencias militares sobre las cuales redactar doctrinas y construir ejércitos, siendo el contexto geográfico, estratégico, económico, interno y externo el que aconsejó a cada cual en la siempre difícil toma de decisiones.

Pero cayó el Muro y con él el modelo de confrontación política que simbolizaba. Desaparecieron las fuerzas tectónicas para dar paso a una maraña de conflictos de escala menor, por los que afloraron las tensiones que habían quedado ocultas o neutralizadas por la dinámica de bloques. Guerras civiles –esto es importante– en Yugoslavia, Argelia o los múltiples conflictos en el espacio postsoviético (Transnistria, Nagorno-Karabaj, Chechenia, Osetia del Sur, Abjasia, todas de carácter civil, también).

El continente norteamericano fue escenario de una sustitución de conflictos políticos en el eje comunismo-capitalismo, por una serie de movimientos inercialmente insurgentes –comunistas–, pero muy relacionados con el narcotráfico (Colombia, Perú, etc.) o directamente provocados por el tráfico de drogas (México).

En Oriente Medio hay que mencionar la primera Guerra del Golfo, en 1991, como una de las más “engañosas” campañas militares de la historia. El fulgurante éxito de la coalición liderada por los Estados Unidos contra el Ejército de Irak sembró la percepción de que la potencia convencional norteamericana podría resolver problemas políticos allá donde y cuando fuera necesario. Con este espíritu, se inició la invasión de Irak, en 2003, con las consecuencias que todos conocemos. En cualquier caso, desapareció del horizonte de los políticos y, por tanto, de los militares la posibilidad de un conflicto convencional masivo entre iguales y aún más de uno de carácter nuclear. Se extendía por todo el planeta la sensación de que los problemas militares se ceñían cada vez más al ámbito de las intervenciones multinacionales de mayor o menor intensidad que o bien en poco tiempo, o bien con poco desgaste, resolvían los problemas políticos. Incluso en una región tradicionalmente conflictiva, las grandes guerras convencionales árabe-israelíes de 1956, 1967 y 1973 dejaron paso a una inestabilidad de orden más limitado en la cual los disturbios, la guerrilla urbana, el terrorismo, y las acciones “quirúrgicas” se sucedían sin sobrepasar unos umbrales de violencia que aconsejaban reproducir las operaciones convencionales de las décadas pasadas. El único intento de hacerlo, la operación Justa Recompensa, en 2006, en la que Israel invadió el sur del Líbano para enfrentarse al creciente poder de Hezbolá, resultó en un relativo fracaso <sup>5</sup>. La lección aprendida fue que el uso de fuerzas convencionales de manera masiva para controlar otro país, o al menos parte de él, requería de una voluntad y unos recursos que las sociedades occidentales, incluso las muy curtidas como la israelí, no estaban dispuestas a pagar.

Pero al mismo tiempo que desaparecía la generación de políticos que habían gestionado la Guerra Fría, la retirada progresiva de los grandes gendarmes (EE. UU. y la URSS) fue dejando paso a otro

tipo de escenarios caracterizados por el vacío de poder y los estados fallidos. Grupos no estatales, fundamentalmente yihadistas, ocuparon los huecos geográficos y políticos que una situación sin referencias claras iba dejando. En Afganistán, donde los talibanes se habían hecho con el poder tras el derrocamiento del Gobierno prosoviético de Hafizullah Amin y la guerra civil entre “señores de la guerra”, apareció el fenómeno del “parasitismo” yihadista: grupos de combatientes islamistas radicales encontraron refugio en el régimen talibán. Desde allí, historia por todos conocida, organizaron los atentados del 11 de septiembre contra los Estados Unidos.

No entraremos a valorar si el 11 de septiembre de 2001 representa un hecho de alcance histórico de la misma envergadura que la caída del Muro de Berlín, pero sí estamos en condiciones de asegurar que ese atentado terrorista marca un nuevo hito en la historia de la guerra: se inauguraba la era de la contrainsurgencia posmoderna. En ese momento no lo sabían, pero por segunda vez en sus vidas profesionales los militares occidentales, con los norteamericanos a la cabeza, se enfrentaban a un nuevo cambio de paradigma: en el plazo de 10-15 años habían pasado de prepararse para la guerra convencional (nuclear entre bloques), a ejecutar intervenciones de baja intensidad (*Operations Other Than War*, las denominaba la doctrina norteamericana de los años 90) <sup>6</sup> para sumergirse ahora, de manera inesperada, en la enésima reedición de la guerra de guerrillas, para la que desde una perspectiva posmoderna (y fundamentalmente anglosajona) <sup>7</sup> ni política, ni cultural, ni material, ni doctrinalmente estaban preparados.

Las intervenciones norteamericanas en Afganistán a partir de noviembre de 2001, y más tarde en Irak a partir de mayo de 2003, inauguraron un duro periodo de aprendizaje para los políticos, pero sobre todo para los militares, al final del cual la “resistencia” se ha demostrado como la fortaleza más preciada y, a la postre, como insustituible factor de éxito. A partir de este momento, resistencia en el plano estratégico e insurgencia en el político se asocian y generan el binomio dominante durante las dos primeras décadas del siglo XXI.

## Asimetría, resistencia, insurgencia

Si alguien escribiese un “evangelio de la guerra” –perdón por el oxímoron: la guerra nunca es una buena noticia– bien podría iniciarlo con esta paráfrasis: “En el principio era la asimetría”. Asimetría en todo y en todos. Asimetría como instinto y asimetría como exigencia de la razón. La historia del conflicto humano y de su expresión cultural, la guerra, se puede trazar hacia atrás en la permanente búsqueda de la asimetría. Pero ¿asimetría en qué?

De otro texto, clásico en menor medida, pero muy conocido por los militares españoles, *La doctrina terrestre*, en sus múltiples versiones y actualizaciones <sup>8</sup>, podemos extraer el objeto sobre el que aplicar esta necesidad instintiva: los llamados “principios inmutables” del arte de la guerra. Todos los militares que hoy están en activo en el Ejército

Español han estudiado y han aplicado, cuando han tenido que hacerlo, estos principios que constituyen el andamiaje más básico del pensamiento militar e incluso de la mística que rodea al guerrero español. Estos principios son: voluntad de vencer (querer), libertad de acción (saber), y capacidad de ejecución (poder).

De origen francés, sin embargo, estos principios se incorporan a la doctrina española tras la Primera Guerra Mundial y recogen el pensamiento del Mariscal Foch, generalísimo de los ejércitos aliados en 1918. Foch los proponía a sus camaradas en forma de infinitivo, como imperativos de la actuación militar. Para el mariscal, la victoria era el producto de la conjugación apropiada de los verbos querer, saber y poder (a los que Foch añadía actuar) <sup>9</sup>. Esta aproximación se adopta en la doctrina española de una manera literariamente brillante que, edición tras edición, ha venido respetándose <sup>10</sup>. Merece la pena recordarla: “Los principios de la guerra son verdades confirmadas e ideas básicas que vienen rigiendo de una manera permanente las acciones victoriosas de los ejércitos, según se desprende del examen de la historia. Conocerlos no es suficiente para vencer, pero ignorarlos es, a menudo, suficiente para ser derrotado.

Los principios constituyen la base formal permanente de la ciencia y el arte militares. Sin ellos, la base científica de la conducción de las operaciones militares carecería de solidez y el arte militar no podría presentar las manifestaciones geniales de los grandes hechos que enseña la historia.

Los principios sirven como punto de apoyo a las teorías y a las doctrinas mediante su ponderación y adaptación según el ambiente económico-social, el nivel de desarrollo tecnológico de los medios y el criterio político establecido para la realización de la guerra en cada época.

Los principios de la guerra, de aplicación en todos los niveles de conducción, son:

- Voluntad de vencer.
- Libertad de acción.
- Capacidad de ejecución (...)” <sup>11</sup>.

Asimetría para aplicar pues sobre la voluntad de vencer, sobre la libertad de acción y sobre la capacidad de ejecución. Si en los juegos olímpicos se trata de ir más rápido, más alto, y ser más fuerte, en la guerra se trata de “querer más”, “saber más” y “poder más” que el adversario; e incluso de “hacer más”, si queremos ser fieles a los orígenes.

¿Por qué estamos asociando los principios del arte de la guerra y la asimetría en un trabajo dedicado a la “estrategia de la resistencia”? Precisamente porque es jugando con estas variables donde alcanza singularidad la guerra irregular o de guerrillas o de “insurgencia” o como se quiera denominar al conflicto que ganará el que más resista.

Profundicemos más en esta relación. Si oponemos a la estrategia de la resistencia las otras dos grandes formas de hacer la guerra (la forma convencional, hogar de la “estrategia de la victoria”) y la estrategia nuclear



(“estrategia de la disuasión-destrucción”) <sup>12</sup> nos encontramos con que quien aplica una estrategia de resistencia es quien se ve obligado a combatir del lado malo de la asimetría. Supongamos que, en la búsqueda natural de este desequilibrio, un contendiente presenta una mayor voluntad de vencer, una mayor capacidad de ejecución y una mayor libertad de acción que otro. El desenlace del conflicto dejará poco espacio a la sorpresa y solo una dosis de azar históricamente infrecuente podría alterar la victoria del primero. De los tres principios, sin embargo, hay uno que es fundamentalmente “endógeno” y pertenece al ámbito del carácter, no de las habilidades o las capacidades. En efecto, es en la voluntad de vencer donde más efecto puede tener la aplicación acertada del principio de asimetría, en un permanente juego compensatorio entre los tres.

Para ilustrar este fenómeno, podemos oponer dos casos paradigmáticos: por un lado, la campaña de la Wehrmacht en la URSS a partir del verano de 1941; y, por otro lado, la(s) Guerra(s) de Vietnam, primero durante la campaña de Indochina contra el Ejército francés y, posteriormente, contra las fuerzas combinadas de Vietnam del Sur y de los EE. UU. En el primer caso, los soviéticos comenzaron la guerra con menos libertad de acción y con menos capacidad de ejecución que los alemanes para, progresivamente, ir igualando estos parámetros con sus adversarios, hasta llegar a revertirlos, sin que la voluntad de vencer pueda esgrimirse como un factor desequilibrante. Sin embargo, en el caso de Vietnam –y podríamos añadir España en 1808-1812 o Cuba en 1959 o, más recientemente, Irak en 2003-2011 o Afganistán desde 2001 hasta hoy–, los vietnamitas jamás consiguieron igualar la capacidad de ejecución ni la libertad de acción de franceses y norteamericanos. Fue la voluntad de vencer la que neutralizó la asimetría padecida por el bando más débil en términos de capacidad y habilidad. La voluntad de vencer pasa a primer plano como mecanismo de compensación de los otros dos factores cuando no son decisivos. Por esto aparecen íntimamente ligados los conceptos de “estrategia de la resistencia” con el de guerra irregular, o en más amplio sentido, con los conflictos que se sitúan en el eje insurgencia-contrainsurgencia. En este eje no solo se enfrentan enemigos asimétricos por definición, sino que además lo hacen en forma de guerra civil, y este factor es muy importante.

En su conocido libro *Counterinsurgency*, el exmilitar australiano, David Kilcullen, define “insurgencia” en los términos en lo que lo hace la doctrina norteamericana en vigor, el Field Manual FM 3-24: “Un movimiento organizado encaminado a derribar un gobierno constituido mediante el uso de la subversión y el conflicto armado... o con otras palabras, una insurgencia es una lucha político-militar, organizada y prolongada, diseñada para debilitar el control y la legitimidad de un gobierno establecido, potencia ocupante o cualquier otra autoridad política, aumentando al mismo tiempo el control por parte de la insurgencia” <sup>13</sup>. La insurgencia es un movimiento interno que desemboca en guerra civil en cuanto se sobrepasan los límites de la no violencia o de la violencia en forma de terrorismo <sup>14</sup>. Por lo tanto, resistencia, insurgencia y

guerra civil suelen aparecer asociados sin excepción a lo largo de la historia en forma de triada.

Con perdón de la herejía geométrica, los puntos que definen este triángulo no se encuentran en el mismo plano o, mejor dicho, sus lados unen conceptos pertenecientes a distintos ámbitos. La resistencia es una forma de estrategia, la insurgencia es un contexto político y la guerra civil define los actores y el sustrato social y geográfico. Hay que hacer la salvedad de que ha habido guerras civiles de formato convencional, como lo fue la Guerra Civil española o la Guerra Civil norteamericana, o incluso la que enfrentó a rojos y blancos en Rusia tras la Revolución de 1917. En resumen, todas las guerras de insurgencias suponen la existencia de un conflicto civil, pero lo contrario no siempre es cierto.

Las guerras civiles presentan una característica muy particular: constituyen una aberración en el canon de la guerra. En los conflictos combatidos por ejércitos regulares ocurre que, en un momento determinado, todos los recursos de la nación son canalizados hacia ese esfuerzo principal colectivo. Se produce una alineación de recursos, capacidades y voluntades, en el mejor de los casos, que multiplica las energías por la vía de la concentración de esfuerzos. Sin embargo, en las guerras civiles, el fenómeno que se produce es el inverso. Las energías se desmultiplican mediante la división de los recursos nacionales (sean económicos, militares o simplemente humanos). Por tanto, es muy difícil, salvo por la vía de un desgaste muy prolongado en el tiempo, que un bando pueda imponerse al o a los otros sin ayuda foránea.

En los cuatro casos más emblemáticos del siglo XXI, este fenómeno se demuestra palmariamente. En Afganistán, a partir de 2001, la intervención occidental decidió la disputa interna entre los talibanes y el resto de grupos políticos en aquel país. Casi 19 años después, parece que se está llegando a un acuerdo que permitiría (está por ver) que la presencia extranjera no condicione el pacto nacional afgano.

En Irak, la invasión por parte de la coalición liderada por los EE. UU., en 2003 irrumpió en una guerra civil larvada que llevaba enfrentando a chiíes y sunníes secularmente en aquel país.

En Libia, una guerra civil entre partidarios y detractores de Gadafi, que afloró las tensiones tribales que el régimen del coronel había conseguido neutralizar, fue catalizada por ciertas potencias occidentales hasta el derrocamiento del líder libio. Este fenómeno está constatado en su teorización de la guerra de insurgencia por Kilcullen, quien lo expresa así:

[...] En la moderna contrainsurgencia ganará el bando que mejor movilice sus bases de apoyo global, regional y local, e impida al adversario hacer lo propio". En este mismo sentido, "[...] el "área de influencia" de la fuerza de seguridad puede llegar a incluir todos los países vecinos, y el 'área de interés' puede llegar a ser mundial [...]"<sup>15</sup>.

Volvamos a la resistencia. Si aceptamos que la voluntad de vencer puede servir de principio compensatorio a unas menores libertad de acción y capacidad de ejecución, entonces debemos asumir el valor del factor tiempo, porque la resistencia por definición se demuestra a lo largo del tiempo o no es tal. La característica que comparten las



insurgencias es la negación de una imposible “batalla decisiva”. Las estrategias convencionales acaban sintetizándose en el planteamiento de una serie de combates o batallas, alguna de las cuales suele desequilibrar de manera irreversible (aunque no instantánea) la balanza a favor de uno u otro bando. En las guerras de insurgencia, el débil se hurta a esta batalla decisiva, de manera que cualquier fracaso es reversible, al precio de que ningún éxito es definitivo. El insurgente erosiona la voluntad de vencer del poderoso mediante golpes a su libertad de acción y su capacidad de ejecución. Al contrario, el contrainsurgente erosiona la libertad de acción y la capacidad de ejecución mediante golpes a la voluntad de vencer del insurgente. En este intercambio de golpes, se pone a prueba la resistencia del débil y voluntad del fuerte.

Todo ello ocurre sobre una línea de tiempo muy prolongada y unas esperanzas de finalización del conflicto muy pequeñas. Como ejemplo podemos reseñar la guerra de Colombia, que ha durado 50 años y donde aún existen grupos armados no desmovilizados o la guerra de Afganistán que, en diferentes formatos y con distintos actores, lleva activa al menos desde 1979. De Irak podemos decir que el derrocamiento de Saddam Hussein, en 2003, inauguró una época de inestabilidad que aún está lejos de cerrarse.

Las guerras largas generan dinámicas diferentes que las guerras cortas. Salvo casos muy específicos en la historia, por ejemplo la guerra del Yom-Kippur en 1973, diseñada de manera brillantísima por el líder egipcio Anwar el Sadat para romper el bloqueo generado por la guerra de los Seis Días y permitirle un cambio de alineamiento del bando soviético al occidental <sup>16</sup>, la duración de las guerras es siempre impredecible, puesto que se desencadenan procesos y recursos que se desconocen antes de empezarlas. Las guerras largas cambian, mutan dentro de la guerra y generan unas dinámicas poco reconocibles para los militares.

## Posmodernidad, guerra y mercados

En el Occidente cultural la posmodernidad como cosmovisión lo permea todo, empapando la actividad humana de una fluidez y una contingencia incompatible con los conceptos primarios y nítidos con los que se maneja la guerra en su versión convencional: victoria, derrota, vida y muerte. Y este es el entorno en el que ha desembocado la revolución tecnológica experimentada por la humanidad en los últimos 20 años. Especialmente desde la aparición de la omnipresente red, una realidad virtual que, a efectos político (y militares), tiene a veces mayor trascendencia que la auténtica realidad. Dos espacios distintos que coexisten en el mismo tiempo, que se retroalimentan, pero que están contruidos por elementos inmiscibles: los efectos tangibles y las percepciones noseológicas.

Pues bien, la contrainsurgencia posmoderna constituye la quintaesencia de la asimetría, porque no solo enfrenta a dos o más bandos que cuentan con distinta voluntad de vencer, distinta capacidad de ejecución y distinta libertad de acción, sino que los enfrenta en dos planos a distinto nivel: el de las realidades y el de las percepciones. Las

contradicciones, las fricciones, la confusión y la desorientación que genera este fenómeno son ilimitadas. Es muy ilustrativa la descripción que hace el Field Manual 3-24 *Counterinsurgency* del Ejército de los Estados Unidos en este sentido:

The media directly influence the attitude of key audiences towards counterinsurgents, their operations, and the opposing insurgency. This situation creates a war of perceptions between insurgents and counterinsurgents conducted continuously using the news media <sup>17</sup>.

En los casos de contrainsurgencia posmoderna coexisten factores tradicionales con otros de nuevo cuño insertados por la “revolución de las percepciones” facilitada por la red y la irrupción, o mejor diríamos, la disrupción introducida por el *marketing* en el ámbito político con metástasis hacia el nivel militar. Así, se mantiene el carácter de guerra civil, la intervención militar y política de actores externos, la asimetría como principio y la resistencia como estrategia. Pero concurre, para complicarlo todo, otro factor virtual: las percepciones sociales y su explotación política. De alguna manera el conflicto se plantea entre proveedores de efectos reales (combatientes insurgentes y contrainsurgentes) y consumidores de percepciones políticas (políticos, electores, población civil del país en cuestión, medios de comunicación, agentes económicos, resto de la comunidad internacional, etc.). El trasvase, la comprensión entre ambos “universos”, el de los proveedores de efectos reales y el de los consumidores de percepciones manipulables, es tan difícil de conseguir que, en la mayoría de los casos, conduce al fracaso. Hay que reconocer que la relación entre militares y políticos siempre ha constituido una debilidad, el verdadero talón de Aquiles del desencadenamiento, planeamiento, conducción y finalización de las guerras. El *continuum* que plantea Clausewitz entre política y guerra nunca ha constituido un engranaje lubricado y ajustado, sino que más bien se trata de un punto de fricción permanente y, a la luz de la historia, inevitable. Una vez más los ejemplos son clarificadores. La Primera Guerra Mundial terminó con una oferta de armisticio por parte de Alemania, por la razón de que existía un clima prerrevolucionario en el país que amenazaba con llevarse por delante la monarquía –como había ocurrido en Rusia un año antes– <sup>18</sup>, cuando sus ejércitos hubieran sido capaces de alcanzar una situación de “empate técnico” tras contener la ofensiva aliada en Amiens en agosto de 1918. De esta desconexión entre los proveedores de efectos (los militares alemanes) y los consumidores de percepciones (el gobierno del canciller Max von Baden) surgió la rendición incondicional alemana, plasmada en el Tratado de Versalles, donde se sembraron las semillas de la Segunda Guerra Mundial. Las consecuencias para el Reich son por todos conocidas. De las discrepancias entre Hitler y sus generales ante Dunkerque o en el frente ruso, se han escrito ríos de tinta <sup>19</sup>. En el caso de la contrainsurgencia posmoderna, esta desconexión es aún mayor. Es épica la batalla mantenida por los jefes militares en Afganistán con el presidente Obama con ocasión del “surge” solicitado por el general MacChrystal en 2009. En pocas ocasiones ha quedado más patente la desconexión entre

los proveedores de efectos y los consumidores de percepciones <sup>20</sup>. En todos los casos anteriores, la pugna la perdieron los militares en favor de los políticos y en perjuicio de sus respectivos países, como anticipo de inesperadas derrotas, además, mucho más dolorosas que lo que las meras condiciones militares permitirían aventurar.

Pero los ejércitos aprenden. A partir de 2001, costó años de sufrimiento que los militares “doblasen la esquina” de las operaciones de estabilización propias de los años 90 y aprendieran a enfrentarse con cierta eficacia operativa a los grupos insurgentes tanto en Afganistán como en Irak. Podemos señalar como hito de este proceso de aprendizaje corporativo la aparición, en 2006, del ya mencionado Field Manual 3-24 *Counterinsurgency* del Ejército de los Estados Unidos.

Este documento, recibido como agua de mayo por los sufridos soldados estadounidenses y aliados empeñados en aquellos teatros, constituye tanto una valiosa adaptación a la guerra de insurgencia para militares bisoños en la misma, como, sobre todo, una adaptación de los militares a la política posmoderna, a la conducción de las campañas basada en percepciones. Constituye un brillante intento de explicar a los militares que el significado del *continuum* de Clausewitz había cambiado, y no por el lado de la guerra, sino por el de la política. Explica una nueva gramática que ha costado muchas vidas aprender.

En esta línea, resulta muy significativo que una de las lecciones aprendidas por las Fuerzas Armadas británicas de sus experiencias en Irak y Afganistán ha sido su incompreensión del fenómeno al que se estaban enfrentando. La aplicación de plantillas, incluso de contrainsurgencia, obsoletas y un marco mental heredero a partes iguales de la Guerra Fría (priorizando las acciones convencionales de fuerza- *kinetics*) y de operaciones de estabilización (en Europa, con facciones y códigos culturales más reconocibles) llevó a los británicos a un verdadero laberinto del que, con mucha dificultad, consiguieron extraerse al cabo de los años. Para paliar este déficit de cultura corporativa (de “capacidad de ejecución”, en resumidas cuentas) han venido elaborando, a partir de 2010, una doctrina sobre *Understanding* (comprensión) que, en su versión actualizada en 2016, se define como

[...] the perception and interpretation of a particular situation in order to provide the context, insight and foresight required for effective decision-making. Understanding helps us to make decisions; it also helps us to manage any associated risks and any second and subsequent order effects <sup>21</sup>.

Es decir, se dieron cuenta de que gran parte de su fracaso se debía a la errónea percepción e interpretación de las guerras en las que habían participado. Como hemos visto, no se trata de un desconocimiento *a priori* (que palía la inteligencia militar), sino una incompreensión de la ineficacia de los efectos producidos una vez trasladados al campo de las percepciones (políticas, de comunicación, económicas). La mera existencia de este concepto evidencia la perplejidad de los británicos, cuya experiencia militar no es despreciable, pero que ante una nueva gramática que nadie les había enseñado “estaban redactando mal”. Más

adelante veremos cómo, a los ojos de un militar español, con una cercanía a entornos culturales distintos incrustada en su ADN y con un bagaje histórico desde los dos lados de la barrera (los españoles hemos sido insurgentes y contrainsurgentes, que no es el caso de los británicos ni norteamericanos), este déficit estructural de las primeras potencias del mundo resulta palmario incluso antes de que los anglosajones mismos lo percibieran.

Volviendo al FM 3-24, además de una precisa definición del marco doctrinal necesario para salir airoso del embroque, este documento asume –sobre todo en su parte dedicada al diseño operacional y al planeamiento– que la complejidad de la guerra obliga a interpretar (en el sentido lingüístico del término) sus resultados para hacerlos comprensibles, más allá de su mero conocimiento y análisis. Las campañas se articulan sobre unos diseños operacionales que permiten el avance desde la situación de partida hacia ese estado final deseado con el que definimos lo que tradicionalmente se ha llamado “victoria”. Pues bien, el trayecto de las fuerzas contrainsurgentes pasa por una serie de indicadores que marcan la mayor o menor convergencia del estado medido con el deseado. En sentido contrario, la acción del insurgente se focaliza en hacer que las líneas de operaciones diverjan y se separen, o no alcancen los hitos (condiciones decisivas) que los jalonen. Para llevar a cabo esta ingente tarea (medición de indicadores, y su evaluación en apoyo a la toma de decisiones), se ha desarrollado una función llamada en inglés *assessment*, que ha adquirido en los conflictos posmodernos una importancia vital, hasta el punto de que todos los demás procesos se articulan en torno a él.

Esta dinámica no es muy diferente a los métodos empleados por las Fuerzas Armadas de primer nivel a la hora de enfrentarse a problemas militares más tradicionales. De hecho, para los conflictos convencionales que ahora mismo está contemplando la OTAN como escenarios posibles, los métodos de diseño y planeamiento para las campañas y operaciones son muy similares. Sin embargo, existe una diferencia de contenido que pervierte absolutamente la gramática de la guerra moderna, esa que decía que las acciones militares buscan la victoria necesaria y requerida por los objetivos políticos.

Nos apoyaremos en Steven Metz para describir esta nueva aproximación.

Metz relativiza, como Kilcullen, el valor de la palabra victoria:

Las insurgencias contemporáneas se parecen mucho menos a una guerra tradicional en la que los combatientes buscan la victoria estratégica que a un violento, fluido y competitivo mercado. Esta circunstancia es el resultado de la globalización, el decline del apoyo de los estados a las insurgencias [...] y la imbricación de la insurgencia con complejos conflictos asociados al fenómeno de la debilidad y el fracaso de los Estados [...] <sup>22</sup>.

Esta analogía implica que, al igual que en los modernos mercados, ningún actor puede aspirar al dominio completo (*strategic victory*), sino como mucho a la sostenibilidad y a cierto grado de beneficio, político o económico. En el caso de las insurgencias, la ausencia de potencias que las respalden abiertamente impide resultados como los de Fidel Castro

o Ho Chi Minh, recuerda Metz, pero lo mismo puede aplicarse a las llamadas fuerzas de seguridad: “Es prácticamente imposible para cualquier entidad única, sea un actor estatal o no estatal, monopolizar el poder. El dominio y el reparto del mercado cambian permanentemente”<sup>23</sup> En otras palabras, se asume que la victoria clásica es inalcanzable y que a lo más que se puede aspirar es que la propia cuota de mercado –esto es, la cantidad de poder y control sobre el territorio, la población y los recursos– sea mejor y mayor que la de los adversarios, sabiendo que jamás se les podrá expulsar totalmente. Al igual que en los mercados de cualquier otro bien o servicio, se pelea por el éxito en términos de sostenibilidad (mantener el esfuerzo militar indefinidamente) dividiendo (retorno político y económico del conflicto), inversión (en términos económicos, pero, muy fundamentalmente, humanos) y gastos de producción y corrientes (coste de las operaciones e impacto en los ejércitos). Jugando con estas variables se medirá el mayor o menor éxito de la campaña, nunca más la victoria.

## De la victoria al éxito

La conducción de la guerra con parámetros empresariales tiene su origen en la guerra de Corea. Estaba recién terminada la Segunda Guerra Mundial, en la que el éxito se medía de manera instintiva sobre la base del territorio conquistado y, por ello, los norteamericanos se dedicaron, tras el desastre inicial, a reconquistar el terreno perdido tras la invasión de Corea del Sur por los comunistas norcoreanos, y luego por los chinos. Los planes militares norteamericanos contemplaban la ocupación de Corea del Norte hasta la frontera con China. Pero, en el invierno de 1951, el presidente Truman cambió los objetivos políticos de la campaña: se trataba de reestablecer la frontera entre las dos Coreas en la línea anterior al ataque norcoreano. El Ejército norteamericano se quedó sin parámetros geográficos a medir y se vio obligado a adoptar el recuento de cadáveres norcoreanos y chinos (*body counting*) para analizar el grado de éxito de las acciones, las operaciones y, finalmente, de la guerra. Este caso constituye el primero en el que los militares entregan al político “éxito” más que victoria<sup>24</sup>. Con la experiencia de Corea, entraron los norteamericanos ocho años después en Vietnam, país en el que ya los franceses habían demostrado que el control absoluto del territorio era imposible. Vietnam ya no era un conflicto convencional como Corea, sino una guerra en el eje insurgencia-contrainsurgencia que señalaba la transición entre los conflictos clásicos en la década de los 50 y 60 (por ejemplo, Argelia entre los años 1957 y 1961), con las insurgencias posmodernas del siglo XXI.

En 1961, el presidente Nixon nombró secretario de Defensa a Robert McNamara, en ese momento presidente de la Ford Motor Company. McNamara había sido el profesor más joven de la Harvard Graduate School of Business Administration. Como profesor en Harvard inició en la Segunda Guerra Mundial a los oficiales de la Fuerza Aérea norteamericana en el análisis del negocio y lo aplicó personalmente al empleo de los bombarderos B-29 utilizados en el teatro del Pacífico contra Japón entre 1943 y 1945.



Pues bien, McNamara, a quien el senador Republicano, Barry Goldwater, motejó como “máquina IBM con piernas”<sup>25</sup>, introdujo en Vietnam el análisis a través de indicadores, recuperando el truculento *body counting*. En esta tradición, ahora un poco menos macabra, las contrainsurgencias posmodernas disponen de una batería casi infinita de indicadores analíticos que permiten evaluar el resultado de las acciones de manera puramente numérica. Esta es la metodología que los militares norteamericanos han incorporado a su doctrina (que es la de todos nosotros) y que ha dado lugar a la función de *assessment*, ya mencionada anteriormente.

Con esta batería de indicadores en la cartera, cualquier general puede dirigir una campaña proporcionando efectos tangibles que serán transformados en percepciones a consumir por los distintos “mercados” que los demanden (políticos, medios de comunicación, índices bursátiles). Kilculen propone hasta 53 indicadores para medir el progreso de la campaña en Afganistán. Son indicadores relativos a la población, a los niveles de gobierno de la nación anfitriona, a las fuerzas de seguridad, al enemigo<sup>26</sup>. Y le faltan por añadir a todos aquellos relacionados con el pilar de desarrollo que se incorpora a todas las campañas de contrainsurgencia. Esto es, las acciones militares reales de combate, o no de combate, deben ser medidas en términos de efectos, estos efectos contrastados contra una parrilla de indicadores predefinida en el plan de operaciones y de este contraste (mediante algoritmos de correlación, el *assessment*) se generan las percepciones que permitirán al “propietario” político de la guerra navegar por ella de manera satisfactoria para sus intereses. Para completar el escenario y como en toda estructura empresarial y de mercado, no es de extrañar que el humo del *marketing* se haya infiltrado en la guerra por las rendijas de las operaciones de información.

Pero ¿qué pasa con la resistencia, el hilo conductor de este trabajo? Pues pura y simplemente que no constituye un indicador medible. La resistencia adquiere su valor cuando se aplica fundamentalmente sobre la voluntad de vencer, que como se ha señalado anteriormente es un principio residente en el carácter. Los principios inmutables del arte de la guerra se materializan de forma compleja y su genialidad consiste en que sintetizan toda su complejidad en tres enunciados simples que pertenecen a tres ámbitos distintos. Así, la libertad de acción habla de la competencia intelectual, técnica, profesional para el empleo de los recursos, de las fuerzas, en el tiempo y el espacio de acuerdo con los propios intereses. Nunca es absoluta mientras dura la guerra, puesto que constituye confrontada con la libertad de acción del enemigo un juego de suma cero. No es directamente medible, pero puede ser desgranada en indicadores que si lo sean. Por su parte, la capacidad de ejecución reúne los medios humanos y materiales necesarios para alcanzar los objetivos militares definidos en los planes. No se confronta, sino que se refiere a la del enemigo y a la situación, es decir, se diseña desde tiempos de paz para afrontar riesgos o amenazas (no confundir ni mezclar, por favor) en función del entorno estratégico previsible. Tampoco es directamente



medible, pero también puede descomponerse de manera relativamente sencilla en indicadores que sí lo son.

Sin embargo, la voluntad de vencer presenta características totalmente distintas. No es medible ni se puede descomponer. Constituye un absoluto y un *a priori* en toda guerra. Se puede dudar de la voluntad de guerrear, actividad en general poco apetitosa, pero de lo que no se puede dudar es de la voluntad de vencer. Es una pulsión binaria: se tiene o no se tiene. Lo cual no implica de ningún modo que constituya un instinto irracional, sino una precondition para romper hostilidades, un umbral moral (no técnico, no intelectual) necesario para empeñarse de manera esperanzada en el combate. La resistencia monta a lomos de la voluntad de vencer, multiplica en el caso de la insurgencia la voluntad de guerrear, mientras que la complementa en el caso de la contrainsurgencia. Resistencia y voluntad de vencer forman un centauro.

El hecho de que la voluntad de vencer no sea medible está en la raíz del fracaso de las contrainsurgencias posmodernas y de su antecesor inmediato a gran escala, la guerra de Vietnam. Porque que no sea medible no quiere decir que no exista, que no sea apreciable. La voluntad de vencer, tal y como rezaba la doctrina española, “se desprende del examen de la historia” y aunque conocerla “[...] no es suficiente para vencer, [...] ignorarla, a menudo, es suficiente para ser derrotado”. Un ejemplo: en julio de 1965, el presidente Johnson solicitó el apoyo de sus aliados en su esfuerzo de contención del comunismo en Asia, pidiéndoles mayor implicación en la guerra de Vietnam; entre ellos se encontraba España. El general Franco respondió a esta solicitud en una carta explicando los motivos que le llevaban a rehusar implicar a España en aquel conflicto con argumentos desde el nivel táctico, al geopolítico, sin dejar de tocar factores históricos. Merece la pena recordar algunos párrafos. En primer lugar, evidencia la dificultad intrínseca de la tarea en relación con los medios y con la situación. También menciona la imposibilidad de conseguir la iniciativa en este contexto. Le habla, por tanto, de libertad de acción y de capacidad de ejecución:

Mi experiencia militar y política me permite apreciar las grandes dificultades de la empresa en que os veis empeñados: la guerra de guerrillas en la selva ofrece ventajas a los elementos indígenas subversivos que con muy pocos efectivos pueden mantener en jaque a contingentes de tropas muy superiores; las más potentes armas pierden su eficacia ante la atomización de los objetivos; no existen puntos vitales que destruir para que la guerra termine; las comunicaciones se poseen en precario y su custodia exige cuantiosas fuerzas. Con las armas convencionales se hace muy difícil acabar con la subversión. La guerra en la jungla constituye una aventura sin límites.

Más adelante, incluye Franco, el factor tiempo con estas consideraciones:

Cuanto más se prolongue la guerra, más empuja al Vietnam a ser fácil presa del imperialismo chino y, aun suponiendo que pueda llegar a quebrantarse la fortaleza del Vietcong, subsistirá por mucho tiempo la acción larvada de las guerrillas que impondrá la ocupación prolongada del país en que siempre seréis extranjeros. Los resultados, como veis, no parecen estar en relación con los sacrificios.

Más adelante advierte a Johnson que su nivel de comprensión de los conflictos es muy deficiente, puesto que está aplicando plantillas occidentales (o más bien empresariales, habría que añadir) a realidades que no lo son. Franco llega a apelar incluso el social-comunismo como única solución posible para lo que él llama “pueblos nuevos”:

La subversión en el Vietnam, aunque a primera vista se presente como un problema militar, constituye, a mi juicio, un hondo problema político; está incluido en el destino de los pueblos nuevos. No es muy fácil al Occidente comprender la entraña y la raíz de sus cuestiones. Su lucha por la independencia ha estimulado sus sentimientos nacionalistas; la falta de intereses que conservar y su estado de pobreza les empuja hacia el social-comunismo que les ofrece mayores posibilidades y esperanzas que el sistema liberal patrocinado por el Occidente, que les recuerda la gran humillación del colonialismo.

Finalmente, en clave geopolítica, adelanta lo que al final sucedió:

[...] ya que, en el fondo, los principales actores aspiran a lo mismo: los Estados Unidos, a que el comunismo chino no invada los territorios del Sudeste Asiático; los Estados del sudeste asiático, a mantener a China lo más alejada de sus fronteras; Rusia, a su vez, a que su futura rival, China, no se extienda y crezca, y Ho Chi Minh, por su parte, a unir al Vietnam en un Estado fuerte y a que China no lo absorba. [...] No conozco a Ho Chi Minh, pero por su historia y sus empeños en expulsar a los japoneses, primero, a los chinos después y a los franceses más tarde, hemos de conferirle un crédito de patriota, al que no puede dejar indiferente el aniquilamiento de su país. Y dejando a un lado su reconocido carácter de duro adversario, podría sin duda ser el hombre de esta hora, el que el Vietnam necesita

27.

## Conclusiones

En un puñado de párrafos, Franco –un militar– comparte con Johnson – un político– los principios asombrosamente actuales que rigen los conflictos de insurgencia y que 55 años después los Ejércitos anglosajones llegarían a aprender al precio de su propia sangre (y de la de muchos aliados, e iraquíes y afganos), a saber:

- Que es condición previa para iniciar ninguna acción militar una comprensión profunda del fenómeno que se está por afrontar, que en el caso de las guerras de insurgencia es siempre radicalmente distinto del de las guerras convencionales. Por ello el propio Ejército Británico sitúa en su falta de understanding la raíz de sus fracasos iniciales en Irak y Afganistán.
- Que, en los niveles táctico y operacional, los efectos militares alcanzados no son explotables directamente por los políticos, porque no son decisivos y porque son reversibles<sup>28</sup>. El corolario de este principio es que, si no se ha aplicado bien el primero, es necesario transformar estos efectos en percepciones, como reiteradamente proponen Kilcullen, Metz y otros. La función de assessment y su miríada de indicadores permiten a los jefes militares navegar en este escenario y enlazar en la medida de lo

posible con el nivel político. Se trata de un tratamiento paliativo del error cometido por falta de comprensión.

- Que los efectos estratégicos para ser decisivos son tan costosos que dejan de ser rentables. Es necesario recordar las insoportables tensiones sufridas por la Casa Blanca y las cúpulas militares norteamericanas en el caso del surge afgano de 2009. Las imágenes de los helicópteros evacuando la embajada norteamericana en Saigón, en 1975, son otro ejemplo claro de precios no asumibles.
- Que, en los conflictos en el eje insurgencia-contrainsurgencia, el tiempo se prolonga de manera que se “metaboliza” por los locales y se “indigesta” a los extranjeros (como poco después demostraría la intervención soviética en Afganistán). La resistencia como factor clave se pone de manifiesto; y una vez más los casos de Afganistán (va para 20 años) o de Siria (9 años ya) ponen este principio de manifiesta actualidad.
- Que la solución a un conflicto de insurgencia debe ser geopolíticamente armónica, porque si no lo es, no es solución, y condena a ese pueblo a la guerra perpetua. La actual guerra de Siria constituye un ejemplo evidente al respecto.
- Que los hombres fuertes son parte de la solución, no del problema. Es en el campo de las realidades donde se hayan las soluciones. Se evidencia el valor también casi absoluto del liderazgo. Ho Chi Mihn, como Bashar al Asad, como Fidel Castro, son figuras fuertes, y las figuras fuertes son parte necesaria de la solución, no del problema. Este principio llevó a la muerte a Ahmad Shah Massud, único líder carismático que hubiera podido hacer frente en Afganistán a los talibanes (que lo sabían), asesinado precisamente por eso. Después de la eliminación de Gadafi, el intento de sustitución en Libia por el mariscal Haftar –con mayor o menor probabilidad de éxito– sigue esta misma estela.

Con todo lo anterior en mente, el diagnóstico que cabe hacer sobre la posmodernidad aplicada a la guerra (la guerra de nuestro tiempo) es que cuanto más globalizado está el planeta; cuanto mayores son los relaciones comerciales, económicas, sociales y culturales; cuanto más permeables son las culturas, la guerra viene a recordarnos que hay realidades prepolíticas que subyacen a esta acumulación de capas de interconexión. Estas realidades se fijan, se agarran de manera inerradicable a la esencia misma de la vida social de los pueblos. Y, curiosamente, no aparecen en el radar, porque no son medibles. Se trata de todos aquellos rasgos de la naturaleza humana que se socializan y que forman parte del armazón íntimo de las personas e histórico de los pueblos. El apego a estas realidades es una fuente inagotable de resistencia y, por tanto, dota a los grupos sociales que son fieles a ellos de una resiliencia incomparablemente mayor que cualquier interés contingente, como son los del mercado, pueda proporcionar. En palabras de un alto oficial pakistaní al autor explicando sus lealtades en un foro privado: “Yo soy un pashtun de 3.500 años, un musulmán de 800 años y un pakistaní de 70”.

A modo de conclusión, citaremos las palabras dirigidas por un importante general británico con responsabilidad en las operaciones en Afganistán e Irak, a una audiencia compuesta por militares y funcionarios civiles de alto rango en 2011, analizando el futuro de la “guerra de nuestro tiempo”: “la guerra ha podido cambiar de carácter, pero no de naturaleza [...] y la experiencia de las dos últimas guerras de contrainsurgencia ha dejado al poder político sin apetito para otra guerra como estas por al menos 30 años”.

En ambas cuestiones, el tiempo le ha dado la razón. Pero la continuidad histórica de la guerra nos lanza ya, cuando aún se combate en Afganistán, en Irak, y en Siria y en Libia la guerra dista mucho de estar terminada, hacia el siguiente capítulo: la zona gris y la batalla multidominio están a la vuelta de la esquina.

### Referencias bibliográficas:

- Asher, Dani, *The Egyptian Strategy for the Yom Kippur War*. McFarland & Co, Jefferson, North Carolina, 2009.
- Citino, Robert M., *De la Blitzkrieg a Tormenta del Desierto. La evolución de la guerra a nivel operacional.*, Ediciones Salamina, Málaga, 2015.
- DO-001 Doctrina. Empleo de la Fuerza Terrestre (2ª Edición). Edición 18/9/1998. Mando de Adiestramiento y Doctrina del Ejército de Tierra.
- FM 3-24, *Counterinsurgency*, Headquarters Department of the Army, Washington DC, 2006.
- Frieser, Karl-Heinz, *The Blitzkrieg Legend. The 1940 Campaign in the West*. Naval Institute Press, Annapolis, 2005.
- Glantz, David M. y House, Jonathan M., *Choque de Titanes. La victoria del Ejército Rojo sobre Hitler*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2017.
- Joint Doctrine Publication 04. *Understanding and Decision-making*. Joint Doctrine Publication 04 (JDP 04) (2nd Edition), December 2016 Development, Concepts and Doctrine Centre. Edición on-line Ministerio de Defensa del Reino Unido.
- Joint Publication 3-07, *Joint Doctrine for Military Operations Other than War*, US Armed Forces Joint Staff, 16 de junio de 1995. Edición digital.
- Kilcullen, David, “Counter-Insurgency Redux”, *Survival*, Vol. 48, nº 4, invierno 2006-2007.
- Kilcullen, David, *Counterinsurgency*, Oxford University Press., Nueva York, 2010.
- Malinowski, Bronislaw, “Un análisis antropológico de la Guerra”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol.3, n.º 4, 1941.
- Metz, Steven, “New Challenges and Old Concepts: Understanding 21st Century Insurgency”, *Parameters*, invierno 2007-2008.
- Reynolds, Nick, “Learning Tactical and Operational Combat Lessons for High-End Warfighting from Counterinsurgency”, *The RUSI Journal*, 164:7, 42-53 DOI 10.1080/03071847.2019.1700686. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/03071847.2019.1700686>
- Rosenzweig, Phil, “Robert S. McNamara, and the Evolution of Modern Management”, *Harvard Business Review*, diciembre de 2010. Disponible

en: <https://hbr.org/2010/12/robert-s-mcnamara-and-the-evolution-of-modern-management>

Shanker, Tom, “Warning Against Wars Like Iraq and Afghanistan”, *The New York Times*, 25 de febrero de 2011 (Ed. digital).

Sigmund, Scott y Edson Myers, Marissa, “Body Counts and “success” in the Vietnam and Korean Wars”, *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 25, n.º 3, invierno 1995.

Simon, Naveh, *In Pursuit of Military Excellence*, The Cummings Center for Russian and European Studies, Universidad de Tel Aviv, Frank Cass, Londres, 1997

Strachan, Hew, *La Première Guerre Mondiale*, Presse de la Cité, París, 2005.

Von Clausewitz, Karl, *On War*, Everyman’s Library, Londres, 1993 Von Manstein, Erich, *Mémoires*, Perrin, París, 2017

Woodward, Bob, *Obama’s Wars*, Simon & Schuster, Nueva York, 2010.

## Notas

- 2 Constatada su continuidad como fenómeno histórico del pasado y del presente, no es el objeto de este artículo profundizar en la inacabable polémica sobre el origen antropológico o cultural de la guerra. Para ampliar conocimientos sobre este tema baste recomendar el artículo “Un análisis antropológico de la Guerra”, de Bronislaw Malinowski, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 3, n.º 4, pp.119-149, 1941. Disponible en: [https://www.jstor.org/stable/3537297?read-now=1&seq=1#page\\_scan\\_tab\\_contents](https://www.jstor.org/stable/3537297?read-now=1&seq=1#page_scan_tab_contents) consultado el 27 de febrero de 2020.
- 3 Karl von Clausewitz, *On War*. Londres: Everyman’s Library, 1993: Libro I, Capítulo I. p. 99
- 4 Ibid., p. 89 (T. del A).
- 5 Las Fuerzas de Defensa israelíes perdieron 119 combatientes y sufrieron 1 245 heridos, según el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí, balance que puede considerarse muy negativo para las IDF. Disponible en: <https://mfa.gov.il/mfa/foreignpolicy/terrorism/hizbullah/pages/israel-hizbullah%20conflict-%20victims%20of%20rocket%20attacks%20and%20idf%20casualties%20july-aug%202006.aspx> consultado el 25 de febrero de 2020.
- 6 Para más información: “Joint Publication 3-07, Joint Doctrine for Military Operations Other than War, US Armed Forces Joint Staff”, 16 de junio de 1995.
- 7 Es importante hacer esta salvedad, porque la aproximación de los países anglosajones y en general los del Norte de Europa a los conflictos irregulares siempre ha sido diferente a la española donde, por nuestra historia y nuestra geografía el peso dado a la guerra de guerrillas siempre ha sido proporcionalmente mayor. La propia organización del Ejército de Tierra así lo demuestra. En 1954, se crearon las dos primeras Compañías de Operaciones Especiales (llamadas tradicionalmente de “guerrilleros”), para más tarde, en 1965 integrar dos de ellas en cada una de las Brigadas de Defensa Operativa del Territorio (en total 18 compañías) cuya misión principal era el encuadramiento para la resistencia en territorio nacional tanto en una ambiente de insurgencia como en uno de contrainsurgencia. De alguna manera se adelantó organizativamente esa dualidad previsible de combate simultáneamente convencional y no convencional que hoy llamamos “guerra híbrida”. Disponible en: <https://www.militar.org.ua/blog/las-fuerzas-de-defensa-operativa-del-territorio-dot/en> consultado el 27 de febrero de 2020.

- 8 La Doctrina para el empleo de las fuerzas terrestres, con esta u otra denominación similar, constituye el documento más importante del corpus doctrinal del Ejército español. De él se deriva el resto de publicaciones que son de obligado cumplimiento, e incluso aquellas que simplemente orientan en determinados ámbitos o especialidades. Se actualiza con cierta frecuencia e incorpora los avances, las tendencias, la experiencias y las lecciones aprendidas por el Ejército, desechando contenidos obsoletos. También sanciona, junto con las Reales Ordenanzas, la “cultura corporativa” y garantiza unidad intelectual y espiritual entre los miembros del Ejército (fenómeno que se extiende, en España, a todas las Fuerzas Armadas sobre la base de la doctrina conjunta).
- 9 “En écoutant le Marechal Foch”, reseña del libro de mismo título, del Tcol. André Larde. “Cahiers de la pensée mili-terre”, 19 de mayo de 2019. Disponible en: [www.penseemiliterre.fr](http://www.penseemiliterre.fr) Consultado el 27 de enero de 2020.
- 10 Desgraciadamente, en opinión del autor, se ha optado por eliminar parte de este contenido en la última versión, lo que empobrece no solo el lenguaje, sino el concepto, que introducía como factor la “gestión de riesgos”.
- 11 DO-001 Doctrina. Empleo de la Fuerza Terrestre (2ª Edición). Edición 18/9/1998. Mando de Adiestramiento y Doctrina del Ejército de Tierra.
- 12 No entraremos a analizar esa síntesis de todas ellas que se ha dado en llamar “guerra híbrida”, fenómeno sobre el que se están escribiendo miles de páginas. Baste con señalar que supone el empleo armonizado de todas las estrategias posibles en manos de un determinado actor de forma simultánea y sincronizada (N. del A.).
- 13 David Kilcullen, “Counterinsurgency”, Oxford University Press, Nueva York, 2010, p. 1. Traducción del autor.
- 14 No es objeto de este trabajo, pero es muy importante tener presentes las diferencias entre una campaña terrorista (por muy generalizada que pueda llegar a ser) y una campaña de insurgencia. En el caso de las campañas terroristas cobra aún más importancia la voluntad de vencer porque la asimetría en capacidad y habilidad es aún mayor que en un entorno de insurgencia-contrainsurgencia, pero son menos demandantes en términos de recursos humanos y materiales. El terrorismo no obliga a la reconstrucción de un país, la insurgencia sí. Como ejemplo de este fenómeno cabe recordar la orden presidencial del presidente Obama aprobando el incremento de fuerzas norteamericanas en Afganistán: “Esta aproximación no debe entenderse como la asignación de recursos necesaria para llevar a cabo una campaña de contrainsurgencia o de reconstrucción nacional, sino, de manera más limitada, debe considerarse ligado al objetivo principal de desarticular, dismantelar y finalmente derrotar a Al Qaeda así como de evitar el retorno de Al Qaeda a sus santuarios seguros en Afganistán o Pakistán” (T. del A.). Bob Woodward, *Obama’s Wars*, Simon & Schuster, Nueva York, 2010, p. 385 y ss.
- 15 David Kilcullen, *Counter-Insurgency Redux, Survival*, Vol. 48, nº 4, invierno 2006-2007, p. 121 (T. del A.).
- 16 Shlomo Gazit, Prólogo a Asher The Egyptian Strategy for the Yom Kippur War. I.
- 17 FM 3-24, “Counterinsurgency”, Headquarters Department of the Army, Washington DC, 2006, p. 112. Disponible en: <https://www.hsdl.org/?view&did=468442#page=112&zoom=page-width-7,610> Consultado el 28 de febrero de 2020.
- 18 Hew Strachan “La Première Guerre Mondiale” Presse de la Cité, 2005, París, p. 311 y ss.
- 19 Interesante consultar sobre este tema en Erich von Manstein, “Mémoires”, Ed. Perrin, París, 2017.
- 20 El periodista Bob Woodward hace una magistral descripción de este episodio en su libro “Obama’s Wars”, Simon & Schuster, Nueva York, 2010.
- 21 “La percepción e interpretación de una situación determinada con el objeto de proporcionar el contexto, la visión detallada y la anticipación necesarios



- para una toma de decisiones eficaz understanding nos ayuda a tomar decisiones; así como a gestionar los riesgos asociados, así como cualquier efecto de orden secundario o subsecuente”, Joint Doctrine Publication 04. Understanding and Decision-making. Joint Doctrine Publication 04 (JDP 04) (2nd Edition), dated December 2016 Development, Concepts and Doctrine Centre. Disponible en: [https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment\\_data/file/584177/doctrine\\_uk\\_understanding\\_jdp\\_04.pdf](https://assets.publishing.service.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/584177/doctrine_uk_understanding_jdp_04.pdf) Consultado el 15 de marzo de 2020.
- 22 Steven Metz, *New Challenges and Old Concepts: Understanding 21st Century Insurgency*, Parameters, invierno 2007-2008, p. 23 (T. del A.).
  - 23 Ídem (T. del A.). Citado en artículo del propio autor “Clausewitz, COIN, y el nuevo paradigma”, en *Revista Ejército*, número de octubre de 2012.
  - 24 Scott Sigmund y Marissa Edson Myers, “Body Counts and “success” in the Vietnam and Korean Wars”, *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 25, n.º 3, invierno 1995, pp. 377-378.
  - 25 Phil Rosenzweig “Robert S. McNamara, and the Evolution of Modern Management”, *Harvard Business Review*, diciembre de 2010. Disponible en: <https://hbr.org/2010/12/robert-s-mcnamara-and-the-evolution-of-modern-management> Consultado el 18 de marzo de 2020.
  - 26 Kilcullen, op. cit, p. 57-76.
  - 27 Ambas cartas, la de Johnson y la de Franco. Disponible en: <https://fnff.es/historia/54233177/laopinion-de-franco-sobre-la-guerra-de-vietnam.html> Consultado el 22 de marzo de 2020.
  - 28 Sobre este fenómeno de la reversibilidad de las acciones tácticas en los entornos de contrainsurgencia es interesante consultar Nick Reynolds (2019), “Learning Tactical and Operational Combat Lessons for High-End Warfighting from Counterinsurgency”, *The RUSI Journal*, 164:7, 42- 53 DOI 10.1080/03071847.2019.1700686. Disponible en: <https://doi.org/10.1080/03071847.2019.1700686> Consultado el 15 de febrero de 2020.